

EL VESTIDO DE NOVIA

A la edad en que se sueña y se ama, se soñaron y se amaron. Sabían ellos cuando empezó aquel sueño...

Lea era así, toda para Raimundo, y su Raimundo era el universo para Lea. Hijos de padres ricos, Raimundo y Lea se hallaban, sin embargo, ella á los diez y seis años y él á los veintiocho, casi pobres.

II

Era una de aquellas mañanas grises de Diciembre, en que los que sufren se sienten aún más sombríos y más desesperados. Osa la lluvia fina y fría que helaba hasta los huesos.

Y como si no bastara este abismo que los separa en el presente, ha sido menester, al mismo tiempo, que un abismo más infranqueable aún los separe en el porvenir. Lea sabe que no podrá ser jamás la esposa de quien es dueño de su vida.

III

Dos horas trascurrieron así. De repente subió una voz desde la calle hasta el entresuelo donde Lea llora y piensa: Vende ropa usada!

comprador de ropa, cuando el paráltico, despertando, le dijo suavemente: ¿Qué haces, hija? ¿A quién llamas? Lea se sonrojó, desconcertada, y haciendo un esfuerzo contestó: Perdona usted, padre, pero he pensado que como escasea el dinero para el fin del mes...

Y luego añadió con acento grave: ¿Por qué nunca me habla usted de esos vestidos eran de mi madre? Por qué no habla usted nunca de ella? El semblante del paráltico se había transformado por completo. Una expresión feroz, llena de odio, había reemplazado la expresión habitualmente plácida de su fisonomía.

—Piedad, perdon, padre! No insulte usted á una muerta. Culpable, yo la absuelvo. Criminal que hubiera sido, yo la perdono. Sacudido por este grito de dolor, el anciano volvió á ser humano. —¿Qué crees, hija mía? No hay tal culpable ni tal criminal y tu madre tiene derecho á todos los respetos.

—Si, continuó el anciano, so pretexto de que yo era un disipado, un jugador ¡qué sé yo!, tu madre pidió y obtuvo separación de bienes. Yo tenía no más fortuna que esta miserable pensión de que vivimos. Ella misma administraba sus propios bienes. Nuestra existencia, nuestra fortuna, nuestro tren de vida absolutamente el mismo, no me hacían sospechar una catástrofe. Sin embargo, ya no tenemos nada. Una noche que yo había perdido siete ó ocho mil francos en el club, entré á su cuarto para pedirselos. Me pareció que la veo: estaba de pie, junto á la chimenea, un poco pálida; ya se sentía muy enferma; pero con gran tranquilidad me dijo: "Ocho mil francos! ¡Ay! amigo mío, no los tenemos. No tenemos nada." Quedé atarado. No quería creerle. Pensé que se rehusaba á pagar aquella deuda, por haber pagado ya una análoga el mes anterior, é iba á explicarle la necesidad absoluta de cumplir dentro de las veinticuatro horas bajo promesa formal de no volver á tocar una carta en mi vida, cuando ella añadió tristemente: "En cuanto á esa deuda que es necesario pagar mañana, ya que las deudas de juego son consideradas como deudas de honor, no te alarmes. Venderemos los muebles."

—Era verdad! Sin pensar en tí á quien parecía adorar, sin preocuparme de tu porvenir, había expuesto todo y perdido todo en no sé qué especulaciones de Bolsa. Ella, que me reprochaba mi inclinación al juego, había perdido en el juego insensato de la alza y la baja el pan de su casa, el dote de su hija. De quinientos ó seiscientos mil francos que debía tener, no nos quedaba nada más que esos

miserables dos mil cuatrocientos de pensión que no basta para vivir, pero que son demasiado para morir. Significó á estas palabras un largo silencio, interrumpido solamente por sollozos. Por fin, murmuró Lea: ¡Pobre madre! ¡Cuánto has debido sufrir! Quisiste sin duda hacernos demasiado ricos, y el dolor y el remordimiento te quitaron la vida. ¡Oh, madre adorada! Consuélate, que tu hija te perdona y te bendice.

IV

Llegó el fin de aquel largo y penoso día. Lea meditaba sola en su habitación modesta, preocupándose menos que el recuerdo de Raimundo, el pensamiento de aquella muerta que se representaba tan desgraciada. No pensaba ni en su juventud casi indigente, ni en su porvenir incierto. No. Era tan buena como linda aquella criatura que medio desnuda, con los cabellos sueltos, merecía todas las joyas del mundo. Librábase en su espíritu una violenta lucha. Mas de repente, obedeciendo á un energético impulso, se echó rápidamente un abrigo sobre los hombros y se dirigió á una pieza contigua á su habitación, donde había dos grandes cofres. Vaciló allí de nuevo, pero tomando energicamente una resolución definitiva, buscó las llaves y abrió las dos enormes cajías.

Y uno por uno, lentamente, fué sacando los vestidos que habían sido de su madre. Los había de todas clases, sencillos y lujosos, mezclándose con telas modestas, la cachemira, el terciopelo, seda y encajes. Lea acariciaba aquellas reliquias y hasta las besaba pensando cuán hermosa sería su madre con tanto y tan rico vestuario. Por qué no había querido vender aquello? Era éste un verdadero enigma. ¿Para que los usara la hija? ¡Oh! bien debía suponer que no los usaría nunca. De repente Lea se estremeció. Al doblar un vestido de seda negra le había parecido tocar un papel en el bolsillo. Toda su sangre afluó al corazón. ¡Un papel!

¿Qué sería aquello? ¿La revelación de un secreto ó simplemente un papel sin importancia, un apunte, una cuenta? Por fin sacó el papel y leyó: "Oh, hija mía! En el vestido de la muerta hallarás la llave que te abrirá la puerta de las felicidades terrenales. Descosco el vestido blanco y si la fortuna te depara el amante esposo que sueñas, viste el traje blanco de la muerta para casarte."

Lea leyó una vez y otra vez. ¿Qué quería decir aquello? ¿Era simplemente casualidad ó era testamento? El recuerdo de Raimundo se fijó en el espíritu de Lea, y dominada por un presentimiento registró febrilmente el segundo cofre. En él había un traje de seda, blanco en otro tiempo, y ahora color de marfil, con azabaches en la bata y en la cola. Era evidentemente un vestido de novia. Lea vacilante, presa de indecible emoción, tomó casi maquinalmente unas tijeras y se dispuso á cumplir lo que creía voluntad de su madre, cuando una nube pasó por sus ojos. Parecióle que iba á cometer una profanación. Veinte veces dejó las tijeras y otras tantas volvió á tomarlas, sin resolverse á proceder. Le latían violentamente las sienes y el tamtuto de su corazón le permitía apenas ver. La imagen de Raimundo feliz, sonriente, fijóse de nuevo en su espíritu y ella le decidió.

Entre los adornos del vestido, había uno que indudablemente ocultaba algo. Un secreto impulso la guió hasta allí, y Lea cortó la tela resucitadamente. ¡Santo Dios! Billetes de banco y papeles de diferentes colores, sin duda comerciales, se escaparon por la abertura. ¡Esta era la fortuna guardada por su madre y que suponían perdida! Entre los papeles había uno que tenía escritas estas breves líneas: "Hija mía, que esta fortuna, arrancada con riesgo de mi vida al juego y á los vicios no te llegue demasiado pronto. Quiera Dios que no sea tampoco demasiado tarde. Que ella te haga más feliz que á tu madre."

V

Trascurrieron seis meses, seis siglos para los dos enamorados, cuando llegó á París esta noticia: Raimundo ha muerto. Una bala le había arrancado la vida en Hanoi. Y cuando Mayo, el dulce mes de los amores, apareció de nuevo, Lea vistió el traje de novia, el vestido de la muerta, para dormir en la tumba el último sueño.

S. S.

EL PADRE PROCOPIO.

CUENTO.

ERA día de salida. El gran patio de árboles destinado para recreo de los colegiales, presentaba un aspecto animadísimo. Más de doscientos muchachos de siete á quince años de edad, pululaban en todas direcciones. Unos lucían su agilidad jugando á la pelota y al peso, otros corrían desalentados engolfados en el marro y en el nabero, y algunos, muy pocos, más pacíficos, bailaban el trompo con destreza. Frecuentemente miraban hacia la puerta del patio, interrumpiendo por un momento sus diversiones.

Casi todos esperaban á sus familias, y de un momento á otro debía aparecer el viejo portero, gritando la consabida frase: "Fulano de Tal, á la sala de visitas." El P. Procopio paseaba por la calle central del patio acompañado de algunos colegiales que recibían sus lecciones.

Las compungidas caras de éstos hacían buen contraste con las de los que jugaban alegremente. Y en verdad que no era cosa de risa, pues el P. Procopio dijo durante el desayuno con su voz de tormenta: "El niño que no sé sin un punto las lecciones de mañana, no saldrá, aunque venga su familia." Y el tal Padre tenía malas pulgas, y al decir de los revoltosos, era más malo que el mismo demonio, y capaz de no dejar salir del colegio, ni á una rata, si entre ceja y ceja se le ponía.

En un rincón del patio, junto á una columna y bastante apartado de sus compañeros, hallábase un colegial de aspecto simpático y expresivo rostro. Al parecer, estudiaba con afán.

De vez en cuando recitaba en voz alta sus lecciones, y si callaba para recordar el periodo, se dirigía amenazadora su mirada al P. Procopio, y murmuraba:

—¡Ah, P. Caracoles!— así designaban los colegiales al buen Padre, que con frecuencia usaba del vocablo. Te daré la lección... pero te engañó como á un chino. Si su pieras que tengo novia, y que la escribo, y que ella me contesta, y que entran sus cartas en el colegio, y que no las hueles, y que hoy la veré... Mas no lo sabrás... digo, si... te lo diré dentro de un mes, cuando sea Bachiller, cuando salga del colegio para siempre, y no puedas pulverizarme... entonces me retiré de tu penetración y te enseñaré las cartas... y tú excluirás airado: ¡Caracoles! ¡caracoles!

Este monólogo fué interrumpido por el mozo del comedor que, acercándose á Federico—nombre de mi héroe—con el mayor disimulo, entrególe un papel, diciendo: —Carta de la señorita Adela.

El colegial, temblando de emoción se ocultó detras de la columna, rompió el sobrescrito y leyó lo que sigue:

—Mi estimado Federico: "Recibí su última carta, y le agradezco las muestras de afecto que en ella me prodiga. Y creo también corresponderle, y ansio que llegue el momento en que podamos hablarnos; el momento en que, como usted dice, nos oigamos por primera vez el metal de la voz. "Hoy por desgracia fracasó nuestro plan, por motivo de que sospechan algo en mi casa y me vigilan; por lo tanto, tendremos que conformarnos con lo de siempre, mirarnos y sonreírnos. "Paciencia, pues, Federico, y así que tras-

curra este mes y salga usted del colegio hecho un señor Bachiller, todo se arreglará y podremos charlar á discreción. Mientras tanto, continuaremos nuestra correspondencia, que algo es algo, y no es poca suerte la de que nos sirva de intermediario el mozo de comedor, hombre astuto y llamado como un muerto.—Suya afectísima, Adela."

Quando terminó Federico de leer la carta se marcó en su rostro profunda contrariedad; arrancó una hoja de su cuaderno, y sirviéndose se del libro á modo de pupitre, escribió con lapiz lo siguiente, no sin cerciorarse de que nadie lo observaba:

"Inolvidable Adela: "Gran sentimiento me ha causado la noticia que me da usted en su carta, y tengo por seguro que este mes se me hará interminable. Procuraré tener paciencia, como usted me aconseja, pero será vano empeño. "Hoy estudio con afán todas las lecciones de mañana, para dárselas al zopenco del P. Procopio sin un punto; de lo contrario me suspenderá la salida. "Oree usted que trabajo como un descosido; tanto, que los profesores no se explican el cambio que se ha operado en mi aplicación. ¡Si supieran que obedecí al amor!... "Hasta luego, que habré de contentarme con ver á usted desde lejos.—Suyo de corazón, Federico."

Dobló el papel cuidadosamente ocultándolo entre el forro de su kesis, dió el último repaso á sus lecciones y dirigióse al P. Procopio.

—Padre, ya me las sé—dijo mi héroe presentando el libro al sacerdote.

—Muy pronto me parece, buena pieza—contestó el Padre mirando maliciosamente á Federico;—como te echas un punto, no sales; ¡con que ojo! Vé diciéndolo.

El colegial, con voz clara y firme acento, disparó la teoría del galvanismo sin equivocarse ni una sola vez. Asimismo habló de Química, de Historia Natural y de Agricultura. En resumen: dijo las lecciones como el Padre Nuestro.

—¡Bien!—exclamó el cura un tantico despedido;—parece que tenemos interés en salir... ¡caracoles! y ya sabes que mi pajarito todo me lo cuenta...

Federico tembló creyendo que sospechaba sus amores; pero se tranquilizó al oír que continuaba así:

—Todo, todo me lo cuenta... las sesiones de billar... el puro por la calle... los atracones de golosinas...

La charla del Padre fué interrumpida por la mágica frase del portero:

—Federico Lucena á la sala de visitas.

En el gran patio de árboles, á las horas de recreo, no se advierte el bullicio y la algazara de costumbre.

Los exámenes están encima, como suele decirse, y aun los más desaplicados, quizá por fórmula, no juegan y repasan sus lecciones. Federico estudia afanoso, y no abandona los libros nada más que para continuar la correspondencia con su Adela y para leer las cartas que ésta le dirige.

El colegial piensa para su capote: —Saldré bien de todas las asignaturas, y dentro de dos ó tres días la hablaré, pese á quien pese. ¿Quisiera apresurar la marcha del tiempo?... ¡Pues no digo nada cuando sepa el gañán del P. Procopio que su tan decantada penetración se ha estrellado contra la astucia de un mocoso, como él me dice con desprecio!... ¡Oh, qué berrenchón le voy á dar...! ¡Hasta la tonsura se le pondrá roja de cólera!

Ya tenemos á mi héroe hecho todo un señor Bachiller, y orgulloso de las brillantes notas obtenidas en los exámenes. No lo están ménos sus padres que acaban de llegar al colegio.

Federico trocó el modesto uniforme de colegial por un elegante traje de corte inglés, que le sienta á las mil maravillas.

El P. Procopio le mira, y sonríe maliciosamente. También observa á éste su ex-disco-

puo, como queriendo hablarle... vacila y siente algo parecido al miedo... pero reserenda que no pertenece al colegio... ¡que es Bachiller!... y envuelto en la niebla, se dirige resueltamente al cura, y le dice:

—P. Procopio, quisiera hablar con usted.

—Supongo lo que vas á decirme, hijo mío; pasemos á mi celda

—No, no hay necesidad, son dos palabras...

—Habla, pues. —Me da cierto reparo, y no sé cómo empezar... pero me he propuesto, y en fin... hablando en plata, Padre, usted es muy astuto... muy perspicaz... lo sabe ó lo adivina todo... y, aunque me ha castigado usted tanto, puesto que ha sido por mi bien, y yo agradezco mucho su buena intención, me remuerde la conciencia el partir sin confesarle una picardía que he cometido durante el curso...

—Aquí se detuvo para observar á su interlocutor y gozarse en el efecto de sus palabras; pero el cura se sonreía bondadosamente.

—Pues bien—continuó—le he engañado á usted miserablemente, Padre; tenía una novia y la escribía, y las cartas de ella entraban en el colegio sin que usted las oiera, á pesar de su estupenda sagacidad... Mírelas, mírelas...

—Oye, mocoso—interrumpió el sacerdote, á mí también me pasa en la conciencia otra picardiguera que te he jugado; y como deseo corresponder á tu confianza, no quiero que te vayas sin oírme algo de lo que parecerá imposible: ¡Tu novia soy yo! ¡Soy la mismísima Adela! ¡Soy quien contestaba á tus necias misivas, desfigurando la letra!... Mira, mira tus cartas. ¡Vamos, que no es tan zopenco el P. Procopio, como dices en una de ellas!... Adela, la Adela auténtica, ni siquiera te conoce; te sonreía lo mismo que á todos los colegiales, á quienes aprecia en general. Conque, adios; no olvides á Caracoles, y ten entendido que fui cocinero antes que fraile.

RAPABL CAMPILLO DEL HOYO.

Madrid.

[+]

LA TUMBA.

LA estadística nos ha dado á conocer la cifra de la población y las rentas y el comercio de todas las naciones.

Se sabe á punto fijo lo que se consume en Francia, y hasta se ha calculado la cantidad de agua que pasa durante una hora por uno de los arcos del Puente Nuevo.

Una de las estadísticas más interesantes sería la que nos demostrara las satisfacciones y regocijos que el hombre puede encontrar en la vida.

Se conoce el término medio de la existencia humana, y no estaría de más consignar el término medio de su felicidad.

¿Cuáles son los verdaderos gozos del hombre? Después de la ternura de la madre, viene el amor de la esposa y la alegría de verse reproducido en los hijos.

El que vive de su trabajo, ama á su mujer y á sus descendientes lo mismo que el que vive de sus rentas, pues la suma de felicidad es igual para todos.

El enemigo más temible de la sociedad es el fastidio, el cual es el resultado de la plenitud, de la falta de deseos y hasta de la falta de pesares.

El fastidio es la enfermedad de los que, pudiendo disfrutar de todo, nada absolutamente desean.

Háblame sugerido estas reflexiones el relato que días atrás me hizo un hombre, joven todavía y muy conocido en París, Mr. Edmundo de L...

Huérfano desde niño, recibió al ser mayor de edad una fortuna de millón y medio de francos, con la que se presentó en París.

Para saber lo que fué de aquella fortuna, habría que preguntárselo al cajero de uno de los círculos más elegantes de la capital, á los divanes de los restaurants de moda, á los trantes en caballos, y, sobre todo, al juego. Edmundo no tardó en convencerse de que